



¡QUE agradable es encontrarse con un viejo amigo al que se creía muerto, o, en el mejor de los casos, olvidado y menospreciado por la gente!

Una sensación parecida de agrado es la que experimenté viendo "El Bebé de Rosemary". Es cierto que el diablo no es un viejo amigo, pero sí un antiguo conocido, presente siempre en mis juegos y ensoñaciones de niño. Últimamente nadie hablaba del diablo. El cuco o el malulo o, simplemente, Satanás, ha sido proscrito de la imaginación infantil por intransigentes pedagogos. Y para los mayores, parece que el último Concilio Vaticano extendió el acta de defunción del soberbio y hermoso ángel quien, por rebelado contra Dios, fue expulsado del cielo para convertirse en su permanente enemigo en la tierra.

Hoy en día, el diablo parecía relegado a ese terreno sinuoso y empedrado que es la tradición oral. Apenas sí podía haber testimonio de él en las cintas magnetofónicas de esas modernas aves de rapiña que son los folkloristas científicos, que parten a apartadas regiones con grabadoras bajo el brazo, para arrebatar a los ingenuos campesinos el tesoro único de sus costumbres y tradiciones.

"La Brujería a través de los tiempos", y el interés del público por verla demuestra que, a pesar de los esfuerzos de pedagogos y de padres conciliares, el diablo y su cohorte de brujos están vivos (y coleando) en la imaginación popular.

Tenía que llegar un director polaco, país de honda tradición católica, emigrado del régimen materialista imperante en su patria, para que, asentado en Occidente, reivindicase no sólo la importancia del demonio, sino su inquietante atracción.

Y Roman Polanski los ha conseguido.

¿COMO entender a Dios, que es el bien, si no existe como contrapartida el demonio, que es el mal? ¿Cómo alistarse en el ejército de los que luchan por el amor y la bondad, si no existe el enemigo que desea hacer triunfar el odio y la maldad?

Y, ciertamente, para que la lucha tenga algún atractivo, al igual que en los partidos de fútbol, se requiere que haya equilibrio en las fuerzas en juego. Si un bando hace milagros, el otro debe hacer maleficios. Si existe la nostalgia de la virtud, debe haber también la tentación del mal.

el diablo no ha muerto... ¡VIVA EL DIABLO!



Pero los muertos que vosotros matasteis gozan de buena salud...

Por obra y gracia de una película —la que exhibe el cine Rex— el demonio y la demoniología vuelven por sus fueros, plantea un caso apasionante en el que el aquelarre de brujos no se reúne en torno a un toco brasero en Machalí, Talagante o Alhué, sino en plena Nueva York, en la ciudad más tecnificada y más sofisticada del mundo, y, para ser más preciso, en el edificio vetusto y señorial de la esquina de Central Park West, con la calle 72, donde hace diez años estuve invitado a cenar, mientras mi anfitrión —¿sería un brujo?— me hablaba de la tradición del edificio y de las celebridades que lo habían habitado.

POCAS veces el cine se había atrevido a plantearnos un caso de brujería. Si lo hacía, adoptaba el tono de comedia graciosa e intrascendente, donde los brujos eran unos timadores y el demonio un diablito de quinta clase.

O, de lo contrario, se refugian en la solemnidad de un Fausto, y, con tal pretexto, aburrían a los espectadores a morir, lo que era un crimen de lesa diablura, pues no hay nada más apasionante y entretenido que el demonio en plena acción.

En París se exhibe en estos días, con éxito creciente, una película mitad documental, mitad ficción, bajo el título de

Dios y demonio. Orzmud y Arimán. Ariel y Calibán. Todas las religiones del mundo giran sobre estos conceptos.

¿Por qué, entonces, el escándalo de algunos espectadores sedicentes civilizados al ver una película en que el diablo interviene? ¿A qué se debe el calificativo de fantástica que estos espectadores, que se tragan la ciencia-ficción sin chistar, le han dado a "El Bebé de Rosemary"?

Si contara con los medios suficientes, yo propiciaría una experiencia extraordinaria. Traería en camiones y microbuses de la Promoción Popular a todos los dignos brujos y brujas de nuestros campos, provistos con grabadoras y los llevaría hasta la puerta del cine Rex para entrevistar a los civilizados espectadores después de ver la película.

Así ellos también podrían desarrollar su propio Instituto del Folklore, recogiendo, entre admirados y cazarros, el pensamiento y las expresiones de estos pobladores ciudadanos que en su feliz ignorancia saben de computadores, del telstar y de la fisión de los átomos, pero todo ignoran de la ciencia más antigua y apasionante: la demoniología.

Y no los invitaría a ver la película, porque para ellos sería una lata. Una historia tan sabida, que por sabida no tiene ningún interés.

¿A qué tanto lío por un hijo del diablo?, se preguntarían ellos. Si eso pasa todos los días.

Y si miramos bien a nuestro alrededor, diríase que tienen toda la razón...